



La dialéctica de los mundos occidental y musulmán

ANTONIO HERNÁNDEZ JEREZ
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Occidente no conoce bien al mundo islámico, al que considera marginado de la historia y refractario a la modernidad

Algunos acontecimientos producidos en lo que va de año ponen de manifiesto las grandes divergencias existentes entre las sociedades occidentales y el complejo y plural mundo islámico. Nos causan perplejidad las declaraciones de algunos musulmanes centroeuropeos anunciando la implantación de la 'sharía' (ley islámica basada en una interpretación rígida del Corán) como principal fuente de legislación en el viejo continente. Sorprende también el mantenimiento del estatus jurídico de la mujer musulmana en Europa y cómo algunos imames instruyen sobre cómo tratarlas según su tradición. Y genera alarma la ideología 'yihadista' que prolifera por el continente en segundas y terceras generaciones de inmigrantes, aparentemente inmersos y asimilados en la cultura y sociedad occidental, pero que ocasionalmente perpetran atentados terroristas como el ocurrido recientemente en Toulouse. Estos sucesos parecen indicar que entramos en una época que promueve el rearme moral de los musulmanes.

La ideología islámica reivindica la autoridad divina no solo en el terreno religioso sino en todos los ámbitos de la vida, incluyendo el político, social y económico. Pero esta soberanía divina es incompatible con la libertad y autonomía del hombre occidental. Occidente ha evolucionado de forma excepcional en la historia de la humanidad. Hunde sus raíces en la cultura grecolatina y en la tradición judeocristiana y se ha nutrido de los valores aportados por las grandes corrientes filosóficas, religiosas y sociales. Nuestras instituciones, leyes y constituciones son el resultado de innumerables conquistas sociales y progresos morales a lo largo de la historia. El progreso, la idea más importante en la civilización occidental, entendida en su tiempo como un medio para mejorar la humanidad, es el resultado de experiencias históricas cruciales como el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración, de donde surge la tradición de derechos y libertades. Tras los convulsos acontecimientos que jalonan la primera mitad del siglo XX, el progreso de la humanidad alcanza su apogeo con la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la instauración de regímenes políticos democráticos. Sin embargo, el mundo ha cambiado considerablemente desde la creación de las Naciones Unidas.

En la sociedad occidental actual los grandes valores que gozan de estima son la vida, dignidad, libertad, igualdad, derechos, respeto, solidaridad y paz; todos ellos valores absolutos derivados del principio general de la dignidad humana. El pensamiento ilustrado mantenía la idea de que el hombre, en cualquier país o época, tenía valores idénticos. Al ser la naturaleza humana la misma en todas partes, los mismos derechos deben ser aplicables a todos. Pero ¿son realmente estos valores inmutables, universales y válidos para todas las épocas? Herder defiende la importancia de la variedad de los pueblos, cada uno con sus propias peculiaridades y destino, y se opone a que los mismos valores sean comunes para todos los países, culturas y civilizaciones. Sin em-

bargo, la autoconciencia de occidente le hace difundir moralmente su sistema de valores y se arroga el derecho a la conquista del mundo no civilizado. Surge así un metadiscurso narcisista ('mission civilisatrice'), fuertemente arraigado en la cultura política occidental, que, bajo la apariencia de deber humanitario, pretende occidentalizar el mundo y deviene en una de las ideas claves de la globalización.

A pesar de la superioridad geopolítica y material y del despliegue de valores del mundo occidental, traducidos en leyes, progreso humano y social y altas cotas de bienestar, en la actualidad se vislumbra cierta decadencia. Ello obedece, entre otras cosas, a la ralentización de las economías europeas, el enorme déficit fiscal americano, el paro, el desplazamiento del poder económico a Asia oriental, el estancamiento demográfico, la decadencia de la ética del trabajo, la desintegración social (violencia, crímenes y drogas), el resurgir del Islam y la hostilidad creciente del mundo islámico hacia los países occidentales a quienes atribuye la responsabilidad de todos los males del mundo.

Los musulmanes rechazan la desconsideración del mundo occidental hacia los valores islámicos y no aceptan su hegemonismo ideológico, su arrogante superioridad, tutela política y ética y dominación social. Así como en el siglo XIX Occidente llevó su misión civilizadora a los países colonizados, en la actualidad pretende hacerlo a los países musulmanes con objeto de dar una nueva forma a su historia, cultura y estructura política, económica y social. Eso revela que Occidente no conoce bien al mundo islámico, al que considera marginado de la historia y refractario a la modernidad occidental. No podemos comprender su cultura desde nuestros paradigmas lógico-racionales ilustrados. En el Islam el orden social está sacralizado por una visión religiosa y en su devenir histórico carece de una revolución ilustrada que sienta las bases del poder democrático.

Pero ¿son compatibles Islam y democracia? La 'Primavera árabe' fue saludada con gran esperanza en el mundo occidental al interpretarse como una transición hacia una mayor democratización del mundo. Sin embargo, la continuación de la violencia, la brutal muerte de Gadaffi, las masacres en Siria o el ascenso de los islamistas en Túnez o Egipto, posible germen de un movimiento panislamista en el Magreb, han difuminado el optimismo inicial. La historia, reciente y pasada, demuestra que no se pueden imponer los principios básicos de la civilización occidental a la musulmana, pues sus trayectorias y pensamiento histórico social son muy distintos. Esta dialéctica refuerza el compromiso de los musulmanes con su religión, no tanto como fuente de principios éticos sino como un revulsivo identitario, y favorece la propagación del nacionalismo en forma de movimientos revolucionarios antioccidentales.

A pesar de todo, la realidad es que el número de musulmanes integrados en la sociedad occidental crece y que la impregnación de las últimas generaciones por las modernas tecnologías de la información y comunicación puede constituir una nueva oportunidad para favorecer su encuentro, que no síntesis, con el modelo de vida occidental sin renunciar a su tradición y principios.

